

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 31 de marzo de 1897.

Núm. 9.^o

NUESTRO GRABADO

BEBEL

Fernando Augusto Bebel nació en Colonia el 22 de febrero de 1840, de una familia de modesta posición social; su padre era entonces sargento, y dió á su hijo en la escuela comunal de Brauweiler, aldea de los alrededores de Colonia, la educación sucinta y elemental que reciben los hijos del pueblo. Obtuvo una pensión para continuar sus estudios en la escuela superior de Wetzlar, que se vió obli-

gado á abandonar para entrar en el taller de un maestro tornero, donde durante cuatro años hizo su aprendizaje. Habiendo recibido su título de *compañero* á los diez y ocho años, emprendió la peregrinación por el país, según antigua costumbre del *compañerismo*; durante dos años, de 1858 á 1860, recorrió la Alemania del Sur y el Austria, ejerciendo de ciudad en ciudad su mecánico oficio. Llamado al servicio militar, volvió á Leipzig en 1860, y allí se estableció de maestro tornero, asociándose más tarde con un amigo suyo y abriendo en Plauen, cerca de Dresde, un taller de torne-
ría bajo la razón social *Isleib y Bebel*. De este modo pasó por todas las transformaciones del artesano de la Edad Media: de aprendiz á compañero y maestro, y, después de haber servido á otros,

á patrón de taller, donde trabajaba por su cuenta. Bebel hubiese vivido tranquila y sencillamente, como los artesanos de pasados tiempos, sin los acontecimientos que le lanzaron á tomar parte en uno de los movimientos más grandes que habrá de registrar la historia de la Humanidad.

En 1861, apenas establecido, empieza Bebel á lanzarse en el movimiento general, como miembro de la *Federación de las sociedades obreras alemanas*, y después, de 1867 á 1869, como presidente de su «delegación permanente».

Bebel poseía una inteligencia excepcionalmente vigorosa y científica para vivir mucho tiempo bajo el hechizo de la industria artesana, y ya en 1868, en el Congreso de Nuremberg, le encontramos proponiendo la adopción, que fué votada, de los estatutos de la Internacional y la del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, como base teórica del Partido. El comunismo había, pues, conquistado uno de sus más animosos é inteligentes campeones. Poco tiempo necesitó Bebel para ponerse á la cabeza del movimiento, siendo elegido para representar al Partido en el Parlamento de la Alemania

del Norte, y recibiendo algún tiempo después su consagración gubernamental de apóstol del socialismo con la prisión que sufrió durante tres semanas «por propagar doctrinas peligrosas para la conservación del Estado». Esta fué su primera, pero no su última condena, pues desde entonces menudearon sobre la cabeza indomable del socialista revolucionario las expulsiones, las persecuciones y las condenas á meses y años de prisión.

Bismarck había coqueteado con los obreros. Imitando á Napoleón III, quería intimidar y contener á la burguesía, amenazándola con el socialismo, y en parte engañó á Lassalle prometiéndole el sufragio universal y subvenciones para fundar sociedades cooperativas de producción. Lassalle murió en sazón oportuna para

su gloria, pues comprometido de esta suerte en la política nacional y aristocrática de Bismarck, no se sabe adónde le hubiesen arrastrado tales compromisos. Bebel y Liebknecht debían acabar con estas intrigas corruptoras, y rompieron las hostilidades contra la política interior y exterior del canciller de hierro, ante quien se postraba muda y obediente Alemania toda. Asombrado de no encontrar á los socialistas tan dúctiles como tenían por costumbre, Bismarck se revolvió furioso contra los que osaban resistirle y contrarrestar su po-



BEBEL

lítica de sangre y fuego; pero no consiguió intimidar al Partido Socialista, que por espacio de veinte años le hizo frente, desenmascarando sus maniobras y arterias, soportando valientemente las persecuciones, destierros y prisiones, y atacando de continuo al hombre político que durante un momento fué idolo de la burguesía y árbitro de Europa.

Bebel y Liebknecht continuaron la campaña sin cansancio ni desfallecimiento, y la guerra franco-prusiana prestó á su oposición carácter internacional. Negáronse Bebel y Liebknecht á votar los créditos que Bismarck pedía al Reichstag, y cuando, hundido Napoleón en el fango de Sedán, se proclamó la República, abogaron contra la continuación de la guerra, emprendida contra el Gobierno imperial y no contra el nuevo Gobierno republicano. Los representantes del Partido Socialista fueron detenidos y presos por espacio de meses, como reos del crimen de alta traición; pero al salir de la cárcel protestaron contra la anexión de la Alsacia-Lorena, que Marx denunciaba como un crimen y, peor aun, una falta política, causa perpetua de discordia entre Francia y Alemania, naciones que debían estar unidas para la conservación de la paz en Europa y la emancipación del proletariado. Mientras la burguesía alemana, ebria con la victoria y los 5.000 millones del rescate, se prosternaba ante Bismarck, y la burguesía europea, cortesana desvergonzada del éxito, le proclamaba el político más grande del siglo, Bebel y Liebknecht abofeteaban tanta gloria y tantos triunfos. «Nosotros también — exclamaba Liebknecht en pleno Parlamento — derribaremos nuestras columnas de Vendôme», frases pronunciadas al saberse en Berlín que la *Commune* había derribado el monumento de la barbarie militar y patriótica. Cuando la burguesía alemana unía su terror y sus vituperios á los de la burguesía francesa para calumniar un movimiento revolucionario que Thiers no pudo vencer sin el concurso de Bismarck, que humildemente había mendigado, los socialistas alemanes tomaron la defensa de los vencidos de París. «La *Commune* — decía Bebel en el Reichstag — no es más que una escaramuza de avanzada si se compara á la explosión revolucionaria que incendiará á Europa y libertará la Humanidad de la opresión capitalista.»

Los años de prisión, que alteraron la delicada salud de Bebel, le armaron, no obstante, para la lucha. Proporcionóle la prisión ocios que puso á contribución para el estudio de las lenguas extranjeras, á fin de completar su educación y abastecer su cerebro con los conocimientos que no había podido adquirir en la escuela primaria, ni tampoco durante su corta permanencia en la escuela superior de Wetzlar. Al salir de la prisión, había reunido un tesoro de conocimientos variados de que carecía al entrar en ella; y si Bismarck no le hubiese encarcelado, nunca hubiese tenido tiempo ni ocasión para pensar las obras que escribió y que tanto han contribuido al desarrollo del socialismo.

Bebel dió á luz las obras siguientes: *Nuestros propósitos, La guerra de los campesinos en Alemania, seguida de consideraciones sobre los principales movimientos sociales de la Edad Media, La acción parlamentaria del Reichstag alemán y de las Cámaras de los Estados, Cristianismo y socialismo, La mujer ante el socialismo, La civilización musulmano-árabe en Oriente y en España.*

Bebel es hombre de estatura regular y porte elegante; su cara, de facciones finas y ojos claros y

vivos, es dulce, agradable y mediatunda; su barba completa y abundante cabellera son de color castaño oscuro; tiene la voz armoniosa y expresiva, y con ella domina las asambleas más tumultuosas. Sus mismos adversarios se ven obligados á reconocer que es uno de los más brillantes y sólidos oradores de Alemania, adquiriendo sus discursos en el Reichstag proporciones de verdaderos acontecimientos parlamentarios. Los ataques que dirigió en 1884 á la política militar del Imperio, tuvieron una gran resonancia en todo el país, y prepararon al pueblo alemán á aceptar como una especie de emancipación la caída de Bismarck, que sorprendió á toda Europa.

Bebel es, en la intimidad, un agradable é ingenioso interlocutor, un amable compañero y un padre de ternura infinita. Posee numerosos amigos en Alemania y demás países de Europa y América, queriéndole entrañablemente los socialistas alemanes, que le llaman solamente por el nombre de pila.

El maestro tornero de Leipzig ocupará lugar distinguido en la historia del siglo XIX.

CRÓNICA

El general Primo de Rivera se halla ya surcando los mares en dirección al archipiélago filipino, donde le espera la capitania general que deja vacante al fin y al cabo, por hallarse sufriendo no sé que enfermedad del hígado, el general Polavieja.

Ignoro si el general Primo será digno continuador de Polavieja en el modo de hacer la campaña contra la insurrección filipina; pero por lo pronto ya le hicieron su correspondiente visita los superiores de las órdenes religiosas para decirle en buenas palabras que no debe tener contemplaciones para los insurrectos, quienes, según esos mismos superiores, están dando carácter social á la insurrección desde el punto y hora en que se aplican á repartirse las tierras.

Yo, que quizá tenga algo de primo, aunque no soy Primo de Rivera, hubiese respondido en caso de hallarme ocupando el lugar del nuevo capitán general de Filipinas:

— Señores superiores: Con todo el respeto que su superior juicio me merece, digo á ustedes que los rebeldes filipinos, al repartirse las tierras, no hacen más que practicar el ejemplo de las comunidades religiosas, las cuales se han repartido la tierra, y hasta el cielo, como pan bendito.

Verdad es que entonces, mediante la influencia frailuna, se me haría suspender el viaje; pero así me libraría del mareo que pudiera sentir en la travesía, del mareo de las comunidades religiosas y de otros muchos mareos.

Y me hubiese librado también de que un poeta, vamos al decir, me soltase desde las columnas de *El Día*, como al general Primo de Rivera, el canto siguiente:

En ti la patria confía;
por ti la esperanza alienta;
de tus pechos se sustenta
ahora la soberanía.

Lo cual, dicho en serio, como está, es demasiado duro para un general que en algo se estime.

Morote, de regreso en Madrid, ha sido obsequiado con un banquete por sus admiradores.

Y Castelar, que asistió al banquete, no sé si como simple comensal ó como comensal y admirador, todo en una pieza, hizo en un brindis gala de su gran memoria.

Bueno es saberlo, porque muchos creían que no se acordaba ya de que en otros tiempos había dicho que la República federal era la única forma posible de gobierno.

La ex princesa Caramán
y su caro amante Rigo,
que haciendo viajes están,
*por donde quiera que van
va el escándalo consigo.*

Otra señal evidente
es esa amorosa empresa
de que en el tiempo presente
no es la moral muy corriente
en la familia burguesa.

Los socios del Círculo de la Unión Republicana, que de la manera más fraternal se vapulearon en la sesión celebrada por ellos la noche del 18 del mes corriente, no han vuelto á demostrar su unión con tan contundentes pruebas.

Verdad es que tampoco han vuelto á reunirse, gracias á los buenos oficios del gobernador civil, á quien no le es indiferente, según se ve, la salud de los republicanos unionistas.

Bien pueden decir los socios del Círculo de la Unión Republicana que es su Providencia el conde de Peña Ramiro.

Porque si el conde los quisiera mal, ya los hubiese dejado volver á reunirse.

Pero ¿cómo entenderán la unión esos republicanos?

Bueno es que la unión se ejerza
sin camorra y sin disputa,
porque la unión es la fuerza...
¡no sólo la fuerza bruta!

En la toma de Imús (Filipinas), llevada á cabo por «nuestras» tropas, murieron nada menos que 2.000 rebeldes.

Y aun dicen por ahí algunas gentes que vivimos en una época de civilización.

¡Qué bromistas!

En una reunión celebrada noches atrás en casa de Elduayen ponderaba el Castelar á Cánovas por lo bien que éste sabe sortear las dificultades con que tropieza en el Gobierno.

Don Emilio toma el rábano por las hojas muy frecuentemente, y en esta ocasión lo ha hecho por no advertir que quienes realmente sortean las dificultades creadas por la actual situación de España no son los gobernantes, sino los gobernados.

Descontando del número de estos últimos á algunos bienaventurados, que, como el señor Castelar, lo pasan tan ricamente.

LÁZARO VIRTO.



EL HOMBRE Y LA MUJER

SU ESCLAVITUD. — DESIGUALDAD CIVIL Y ECONÓMICA.

Podemos decir, en cierto modo, que la sociedad actual es esclava de sí misma. Esclavo el hombre en el orden moral y económico, más esclava es aún la mujer, pues que, no solamente lo es en grado inferior, sino que es esclava del hombre mismo.

Mírese desde el punto de vista que se mire, esto es palpable en la sociedad presente. Si atendemos á la institución del matrimonio, á la familia, principio constitutivo de la sociedad, unión libérrima entre dos seres por mutuo amor, encontramos esclavitud en uno y otro, en virtud de que, resintiéndose ese lazo, los libres contrayentes no son dueños de sí mismos, porque una ley les impide la ruptura de tal vínculo, les impide el divorcio formal; es decir, los condena á ser esclavos toda la vida.

La mujer es esclava del marido por su débil compleción, limitándose su deber á funciones puramente domésticas y á satisfacer necesidades sexuales, sin más atribuciones ni más derechos. De aquí que la paz del hogar la constituya, como principio, la subordinación del débil al más fuerte, principio absurdo é inconcebible que destruye la misma naturaleza libre del matrimonio basado en la igualdad.

¿Cómo andan los derechos en el orden civil, político y económico, tanto del hombre como de la mujer? Para el hombre hay mucho escrito, pero que nada le vale. La desigualdad es la ley: desigualdad de derechos y de medios para adquirir esos derechos, desigualdad en la justicia y desigualdad en el derecho electoral. Se proclama la soberanía del pueblo y la libertad, y la soberanía es anonadada, y sólo es libre el poderoso, el capitalista que tiene influencias y condiciones para ser elector y diputado. En una palabra: siendo las leyes un producto de opresión de la sociedad presente, son nulos todos los derechos, y ridículas todas las garantías, no siendo otra cosa las constitucio-

nes y las leyes que códigos de esclavitud y privilegios.

En el orden económico vemos á muchos hombres, la mayoría, que trabajan y dan la mitad de su vida sólo por tener derecho á su conservación, hallándose por esto imposibilitados de constituir familia como seres racionales, y reduciéndose ésta á una mera forma en la que sólo procrea seres miserables y desgraciados para el porvenir.

¿Qué diremos de la mujer, cuando las leyes apenas le dan entrada en la sociedad, no ya con derechos escritos, como al hombre, sino en virtud de ciertas consideraciones utilitarias y convencionales?

Todas las leyes la colocan en condiciones de inferioridad al hombre. Se le niega la participación en la formación de las leyes, en la administración de los negocios públicos y hasta podríamos decir en la dirección de su propia vida, ahogando en ella de esta manera los instintos naturales y la actividad de sus facultades intelectuales, que tanto influirían en su felicidad.

Las condiciones económicas de la mujer con relación al pago de su trabajo, son, por el hecho de recibir aquélla una instrucción inferior al hombre y no tener acceso á tantas profesiones, artes y oficios que pudiera desempeñar con tan buenos resultados como el hombre, de lo más ínfimo y miserable que puede darse. La burguesía, aprovechándose de esa inferioridad social y física, sujeta cada vez más á la mujer al yugo del capitalismo, estrujándola y sacándole hasta el último resto de sus fuerzas en pago de irrisorios salarios. Y nada sería esto si los capitalistas, valiéndose de esta enorme fuerza de trabajo pésimamente retribuido, no hiciese frente y combatiera á la otra fuerza de trabajo (la del hombre), menos fácil de explotar.

Todo esto trae aparejadas consecuencias horrendas, que en vano son atribuidas á pasiones perversas y violentas. No siendo los salarios suficientes para vivir, busca la mujer recursos accesorios por medios ilícitos, y, seducida y abandonada á su desesperación y á su vergüenza, las consecuencias son el desencanto, el infanticidio y el suicidio.

Esto es, aparte de otras muchas cosas, lo que forma el cuadro desigualitario que presenta la sociedad burguesa, que, no hallándose basada en la igualdad, necesariamente ha de mostrar la esclavitud en sus fases más claras.

Iguales el hombre y la mujer en naturaleza, iguales deben ser sus derechos y libertades, sin que nadie en la sociedad pueda impedirlo.

El hombre y la mujer tienen necesariamente que alcanzar el puesto que les corresponde dentro de la esfera del derecho, y eso es lo que el socialismo, diferenciándose de las partidos burgueses, trata de conseguir.

N. DE S.

UN CUENTO VIEJO

Cuanto se dejan robar tomando un salario exiguo después de mucho bregar, lean este cuento antiguo que les voy á recordar:

De los primeros albos á la claridad dudosa, marchaba una numerosa cuadrilla de segadores.

Iban los pobres obreros alegres y armando ruido, cuando les salió un bandido y los dejó casi en cueros.

Del ladrón á la codicia sin chistar se abandonaron, y luego se encaminaron á dar parte á la justicia.

El alcalde del lugar dijo: — ¡Por todos los santos...! ¿Cómo siendo ustedes tantos se han dejado despojar?

Y los muy solemnes holos se disculparon en balde contestando así al alcalde: — Señor, ¡porque íbamos solos!

A. O.

UN VIEJO SOFISMA

... Se trata, en efecto, de abolir la personalidad, la independencia y la libertad BURGUESAS.

(*Manifiesto comunista*, 1849.)

Vuelve con singular y verdaderamente prodigiosa insistencia, en los periódicos y libros que tratan del socialismo desde el punto de vista burgués, la vieja y monótona objeción: ¿cómo podrá el socialismo garantizar la libertad? Y puesto que se habían escrito libros sobre la *tiranía burguesa y capitalista*, estos críticos de librea, cuya arte más fina consiste en copiar lo nuestro y disfrazarse con nuestras ropas, andan por ahí afanados en inventar y enarbolar una frase que no es más que la nuestra al revés — la *tiranía socialista* —, y sobre ella tejen las más disparatadas fantasías.

Semejante objeción ha sido destruída y refutada mil veces; pero nuestros adversarios tienen por cómodo sistema el no preocuparse de las refutaciones y repetir siempre con el más envidiable desparpajo los mismos argumentos, de los cuales se ha demostrado palmariamente la falta de fundamento. Éste es el proceder natural de los que se inspiran únicamente en su interés propio y obran, por consiguiente, de mala fe. Ellos saben muy bien que juegan con las palabras; la palabra *libertad* es de las que asumen muchos y muy distintos signi-

ficados, según sea aplicada á la vida psíquica (libertad de querer ó pensar, pretendido libre arbitrio), á la vida económica (libertad de elegir el trabajo, de trabajar más ó menos, en uno ú otro modo), á la vida civil y política, etc., y según que en cada uno de estos terrenos refleje la facultad de hacer ó no hacer cualquier cosa por propia cuenta, teniendo por objeto únicamente á sí mismo, ó ya la facultad de obrar sobre otros de un modo determinado. En el primero de estos dos últimos aspectos, las diferentes libertades pueden ser compatibles entre sí; pero en el segundo es claro que toda libertad es necesariamente una limitación de la libertad ajena, y, por lo tanto, libertad y al mismo tiempo negación de libertad. La libertad que yo tengo, por ejemplo, de pagar á un precio mínimo un trabajo que otro me ha hecho, excluye evidentemente en él la libertad de exigirme un precio mayor; la libertad del productor, en este caso, se reduce á la libertad de no venderme su producto, lo que, en determinadas condiciones sociales, puede resolverse en la libertad de morir de hambre, ó sea en su esclavitud, determinada por el instinto de conservación. Y así en mil otros casos.

Nuestros críticos demuestran una cosa sola, que es exactísima, á saber: que en un Estado socialista faltará la *libertad de la explotación del hombre*. Pero, una vez demostrado esto, dejan de intento en la sombra todos los otros lados y demás consecuencias del fenómeno; no dicen que la libertad de explotar á su semejante es justamente la negación de la libertad y el sinónimo del despotismo, y que llamarla «libertad», desde un punto de vista social, es una burla de mal género, como lo sería el llamar «derecho á la vida» al derecho que el asesino se toma de atentar contra la vida de los demás; no dicen que la libertad de no dejarse explotar es la base y la condición de toda libertad. En seguida, puesto que es ésa la única libertad que desaparecerá en el socialismo, pasan, con una cabriola de saltimbanquis de la lógica, de este sentido especial y contradictorio de la libertad, á la libertad en general, al conjunto de todas las libertades socialmente posibles y deseables, y gritan: «¡La libertad será abolida!» Pero ¿quién puede ser tan cándido para caer en trampas tan groseras y manifiestas?

Aun más: nuestros adversarios demuestran (y en esto están también en lo cierto) que en el Estado socialista será inevitable cierta *reglamentación* del trabajo, y sacan de ahí un nuevo pretexto para decir que el socialismo será el sepulcro de la libertad.

Aparentan olvidar que esa reglamentación, y mucho mayor aún, existe en la sociedad actual. No sólo para el trabajo, sino para toda manifestación de la vida, nos hallamos envueltos por una red de leyes y reglamentos que llenan bibliotecas enteras; y son tantos y tan confusos esos reglamentos y esas leyes, que ni el mismo ejército encargado de

interpretarlos y aplicarlos llega á conocerlos siquiera aproximadamente. Pero la coacción no deriva solamente de las leyes: deriva, y mucho más áspera, de las necesidades automáticas del presente régimen social. ¿Acaso somos más libres cuando la fiera necesidad, que debemos sufrir, deriva de las condiciones sociales y no de la ley? Al contrario, la ley, sobre todo en el concepto de estos llamados «liberistas» que nos dirigen la objeción que nos ocupa, debería tener, si no por exclusivo, por principal objeto asegurar las libertades que el conflicto y el desarrollo de las relaciones sociales tienden á suprimir. Según la teoría de Rousseau y de los enciclopedistas, el hombre se ha unido en sociedad, se ha sometido al Estado y á la ley, renunciando con esto á la libertad del «estado natural», justamente para conquistar en compensación todas las demás libertades que provienen de la seguridad de la vida, de los bienes, etc.; en una palabra, de la ayuda social. Sea lo que sea de estas metafisiquerías, lo cierto es que la *reglamentación* no es la antítesis de la *libertad*, pero puede ser su condición. Todo consiste en saber de qué reglamentación se trata, si ella concuerda con las necesidades naturales y sociales, si se ajusta al bienestar de los individuos, ó si, por el contrario, lo amenaza y conturba. El desorden, la prepotencia, la lucha salvaje, son conciliables con la falta de toda reglamentación, pero no lo son absolutamente con la libertad.

Cada vez, pues, que se discutiese respecto á la libertad en las relaciones del socialismo, precisárase, para que la discusión fuese honesta y resultara concluyente, que nuestros censores se tomaran la molestia de decirnos de cuál libertad quieren hablar. *Libertad*, en el sentido más general y común de la palabra, es la posibilidad de hacer todo lo que uno quiera, sin hallar más obstáculos que los naturales; ella es tan amplia, por lo tanto, como es amplia la vida; pero una libertad tal (que se reduciría á muy misera cosa, dados justamente los obstáculos naturales á que aludimos) sólo se concibe en la soledad: su representante es Robinson Crusoe, perdido en la isla. En un sentido social, esto es, dado el hombre que quiere gozar de las ventajas sociales, la mayor libertad no es más que la *mayor posibilidad de desarrollo, de actividad y de bienestar individual*: ambas cosas son sinónimo la una de la otra. Ahora bien: ¿por qué nuestros adversarios rehuyen la cuestión de la *posibilidad de desarrollo, de actividad y de bienestar*, sustituyéndola con sus fatuos discursos sobre la *libertad*? ¿Para qué, sino justamente para servirse de una palabra cuyo sentido elástico se presta mejor á sus juegos?

Pero la buena fe que los guía no puede ser más evidente, pues son justamente estos fanáticos de la libertad... en el porvenir los que, generalmente hablando, abogan en el presente por toda clase de represiones y nos quieren quitar hasta las libertades

más elementales: de hablar, de escribir, de reunirnos, etc. Si; fijaos en qué partido político milita la mayoría de ellos, y los hallaréis en las filas más reaccionarias. Para defender la libertad, ellos hacen del mundo una cárcel, y es á fuerza de grillos y de domicilios forzados como quieren salvar la sociedad de la... ¡tiranía socialista!

Se escandalizan al pensar que en la sociedad socialista pueda haber, creada y revocada siempre por los interesados, alguna ley ó alguna autoridad que reglamente el *trabajo*, y no están nunca hartos de leyes y autoridades, aunque unas y otras excepcionales, que atemorizan y coarten hoy al *trabajador*. Su invariable discurso se reduce á esto: si el trabajador es libre, ¿adónde irá á parar la libertad del trabajo?

Y no sólo eso: ellos lloran lágrimas de cocodrilo sobre la libertad amenazada por nosotros. Ellos afirman que en el Estado futuro será inevitable que el trabajador esté vinculado por reglas minuciosas en cada uno de sus actos. Ellos demuestran con esto que en cuanto á los detalles del Estado futuro saben mucho más de lo que sabemos y podemos precisar nosotros mismos. Ahora bien: ¿cómo se explica que sean éstos justamente los que nos acusan todos los días de utopistas y de locos porque no tenemos un plano de reconstrucción, diciendo que nos exponemos á dar un salto en la obscuridad y que el socialismo conduce á la anarquía? Si el socialismo no tiene un plano de reconstrucción social, si es la obscuridad perfecta, ¿cómo se explica que ellos vean en esa obscuridad la reglamentación del trabajo y conozcan también su naturaleza y sus efectos, hasta el punto de saber que será intolerable? Si es la anarquía, ¿cómo podrá ser á un mismo tiempo la tiranía de la ley? Y, en fin, ¿por qué nos acusan de no saberles decir lo que nos enseñan ellos á nosotros?

Preguntas que, como se comprende, quedarán sin respuesta. Pero como el espectro de la «tiranía socialista» es agitado con tanta más rabiosa obstinación cuanto mayor es en los que lo evocan la conciencia de su inutilidad, conviene también volver siempre sobre el argumento.

FELIPE TURATI.

EL DESQUITE

Juan el *Derrengao*, que sólo por esta mezcla de nombre de pila y apodo era conocido el protagonista de la historieta que voy á referir, no sabía dónde había nacido ni quiénes fueron sus padres. Cuando dejó el limbo de los primeros años de la vida y se dió cuenta cabal de que estaba en el mundo, hallóse rodeado por una porción de chiquelos de su edad en una vasta sala del Hospicio.

Nacido en el arroyo ó en el lupanar, arrojado al torno de la Inclusa por la miseria ó por el vano temor á la reprobación de una sociedad hipócrita que se escandaliza de sus propios vicios, Juan no sintió nunca el halago de las caricias maternas ni conoció ningún afecto que estableciera entre otro corazón y el suyo mutualidad de relaciones. Quizá por falta de asistencia facultativa al par o de su madre, ó acaso por impericia de comadrona, había en él un derrengamiento muscular que era provocador de mofas y desdenes. Por eso á Juan le llamaban el *Derrengao*.

En el Hospicio era castigado cruelmente y con harta frecuencia por cualquier faltilla en que fuese cogido. — ¿Ha sido el *Derrengao* — decíase por alguno de los que tenían mando — el que ha cometido la falta? ¡Pues duro en él! — Y sobre el cuerpecito de la pobre criatura llovían palos y torniscones.

Juan se cansó un día de aquella existencia desdichada y huyó del Hospicio, como el pájaro que ve abierta la puertecilla de la jaula y vuela libremente. Algunas horas anduvo recorriendo calles y plazas y paseos; pero llegó un momento en que la fatiga, rindiéndole con peso abrumador, no le permitió continuar la marcha, y el infeliz prófugo fué á tenderse sobre un banco de piedra que encontró al paso y que le sirvió para echar una larga siesta. Allí le sorprendió la noche, y más le sorprendió el manotazo con que un guardia se insinuó para decirle: — ¡Arriba, gandul! ¡Esto no es una posada!

Aquella misma noche estuvo tentado Juan á volver al Hospicio. Comenzó á sentirse molestado por las exigencias del hambre, con las cuales no había contado hasta entonces, y recordó con placer la bazonía que le daban en aquel centro de la beneficencia. Hízole al cabo desechar la idea del retorno la perspectiva de un palizón que dejaría tamañitos á los palizones precedentes.

Yendo al azar de un lado á otro, alternando con chicos de su edad que le dispensaban el honor de dejarle tomar parte en sus juegos al par que le hacían objeto de sus burlas, comiendo de la limosna unas veces, y otras veces ayunando, Juan fué habituándose poco á poco á la vida nómada, y los *golfos* le recibieron, entre pullas y risotadas de mofa, como un compañero más de aventuras y fatigas.

Así, haciendo la vida azarosa del *golfo*, pasó algunos años. El chiquelo se hizo hombre, y sus medios de subsistencia fueron desde este punto cada vez más difíciles. Sin oficio ni beneficio, no le quedaba ni el recurso de la mendicidad, á la que no acudía por no sufrir el bochorno de que le llamasen vago y le mandasen á trabajar. ¡Trabajar él!... ¿Y dónde y cómo? Bastantes trabajos tenía con su desgracia.

¡Cuánto sufrió el pobre Juan! Sucio, harapiento,

descalzo, renqueando siempre, lejos de inspirar compasión, era objeto de la befa y del escarnio de los pícaros, de la repulsión de los remilgados y de los atropellos de los polizontes. Así es que Juan, sin afecciones que purificasen su alma, tenía odio invencible á una sociedad que tan injusta era para él.

Un día de invierno se hallaba el pobre mozo tomando el sol á la puerta de un viejo caserón. Vió entrar por ella á muchos individuos que iban hablando de la anarquía y de la regeneración de la sociedad por toda clase de medios. Aquello le interesó vivamente. Quiso enterarse de qué clase de gente era la que veía pasar, y supo que en el caserón iba á verificarse una reunión de anarquistas. — ¡Anarquistas! ¿Y con qué se comerá eso? — decía para sí el pobre Juan. Pero él, picado por la curiosidad, se coló en la reunión, donde oyó algunos discursos que le gustaron. Sí, le parecían de perlas las doctrinas expuestas por aquellos hombres que discursaban. El también tenía horror á la sociedad en que vivía, á la sociedad que le abandonaba á su suerte, á la sociedad que hacía de él befa y escarnio.

Juan acabó por hacerse anarquista. El grupo á que se hallaba afiliado acordó hacer estallar una bomba en una procesión católica que había de celebrarse públicamente. Los individuos que componían el grupo sorteáronse para lanzar la bomba, y correspondió á Juan el cumplimiento de la peligrosa y bárbara comisión. Casi lo deseaba.

Poco antes de la hora en que la procesión iba á salir, tomó Juan posesión de un sitio conveniente para llevar á cabo el atentado con alguna facilidad. Miró en torno suyo, pensando en que algunas personas podrían ser víctimas inocentes de la salvajada, y sólo vió á los mismos granujas que se habían burlado de él, á los mismos remilgados para los cuales había sido objeto de repulsión y á los mismos polizontes que le habían atropellado. Era llegada para él la hora del desquite.

Estaba formada ya la procesión, en la que figuraba toda clase de autoridades, cuando Juan arrojó la bomba. El estruendo de la explosión fué horrible, y más, mucho más horrible el efecto producido por la bomba lanzada, que causó gran número de muertos y heridos.

Juan fué cogido *in fraganti* por la Policía y conducido á la prisión. Cuando se enteró de que la sociedad reprochaba con indignación su atroz delito, dijo con sangre fría:

— También yo repruebo la atroz burla y el atroz escarnio que la sociedad ha hecho de mí. Todo mi delito, que indudablemente es bárbaro, se reduce á pagar una deuda que tenía contraída.

ALVARO ORTIZ.

Á VALENTÍN HERNÁNDEZ

Se ha empeñado esta torpe burguesía
en probar á menudo tu paciencia,
esperando, sin duda, que clemencia
llegarás á pedirle cualquier día.

A tal extremo llega en su manía,
que te soba y te muele con frecuencia,
y, aunque ve que es inútil su insistencia,
no acaba de ceder en la porfía.

Caen sobre ti procesos y prisiones;
mas no importa que lluevan á destajo
y tengas que sufrirlos á montones.

Tú saldrás con victoria del atajo
combatiendo sin tregua á los ladrones
que roban el producto del trabajo.

PEDRO SUBIELA.

Bilbao, 1897.

EPIGRAMA

Blas, con ojos de malicia,
leyendo un cartel estaba
en que un libro se anunciaba
titulado *La Justicia*.

Leyólo y no dijo «amén»;
pero al ver: «Se vende aquí»,
torció el gesto y dijo así:
— ¡Y en otras partes también!

X.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Tengo una *prima-dos-tres*
que, en echándole un remiendo,
estará, según voy viendo,
cuatro-cinco en este mes.

Con *dos-tres* hacen calzado,
y con *dos-cinco* también;
pero que no te lo den,
pues tiene mal resultado.

Si, cual no creció jamás,
la ola socialista crece
y el *todo* desaparece,
¿para qué queremos más?

J. P. C.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Barbero.

CORRESPONDENCIA

T. L. — Valdepeñas. — Se le envían 5 ejemplares. Fijese en las condiciones que se publican en la última plana.

F. M. — Elche. — Se le remitieron los ejemplares atrasados y se aumenta uno desde el presente número.

L. M. — Gijón. — Se le envían los ejemplares atrasados que pide y se aumentan 5 en los corrientes.

C. M. — Arrigorriaga. — Recibidas 2,50 pesetas. Se envían los ejemplares atrasados que pide.

J. T. — Algeciras. — Recibida una peseta de su suscripción por el segundo trimestre.

J. P. — Zaragoza. — No versifica usted mal, y puede hacer algo bueno si se fija más en los asuntos.

S. P. — Valencia. — Se remiten nuevamente los ejemplares que le faltan.

J. R. — Coruña. — Suscripto y recibido importe de un trimestre. Se le envía desde el primer número, porque su-

ponemos que querrá la colección. Si no es así, usted avisará.

G. P. — Bilbao. — Se envían los ejemplares atrasados que pide y se aumentan 5 en los corrientes.

ADVERTENCIA

Con el presente número termina el primer trimestre de nuestra publicación. Encarecidamente suplicamos a los corresponsales y suscriptores que se hallen atrasados en el pago, se sirvan ponerse al corriente con toda la brevedad posible.

Imp. de F. Cao y D. de Val, a cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN DEL PUEBLO

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida a nombre de Alvaro Ortiz, Embajadores, 47, principal.

Obras socialistas.

	Pesetas.
El Capital , por Carlos Marx. En Madrid.....	2,00
— en provincias.....	2,50
Socialismo y Ciencia positiva , por Enrique Ferri.....	1,00
Miseria de la filosofía , por Carlos Marx.....	1,00
Meeting de controversia en Santander , celebrado el 15 de mayo de 1892 entre D. A. M. Coll y Puig, director de <i>La Voz Montañesa</i> , y el compañero Pablo Iglesias.....	0,20
La Guerra civil en Francia , por Carlos Marx...	0,45
Catecismo socialista , por J. L. Joynes.....	0,30
Ecos revolucionarios , composiciones en verso, por Alvaro Ortiz.....	0,50
El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales , informe escrito por el Dr. Jaime Vera por encargo de la Arupación de Madrid. (Segunda edición).....	0,75
Un tomo de la Biblioteca Socialista , de 400 páginas, conteniendo los cuatro últimos folletos, encuadernado en holandesa ó tapas. En Madrid .	2,00
En provincias.....	2,50
El Comunismo y la evolución económica y Justicia é injusticia del cambio capitalista , por Pablo Lafargue.....	0,20
Las cuatro primeras obras se pueden adquirir dirigiéndose a la Administración de EL SOCIALISTA y a sus corresponsales, y las restantes pertenecen a la BIBLIOTECA SOCIALISTA, que se publica en Madrid por cuadernos de 16 páginas al precio de 10 céntimos. Para asuntos de esta BIBLIOTECA dirigirse a Pablo Cermeno, Espíritu Santo, 18, 2.º.	

Periódicos socialistas.

El Socialista. — Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 30 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.

La Lucha de Clases. — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que EL SOCIALISTA. — Redacción y Administración: Bailén, 41.

El Grito del Pueblo. — Aparece los domingos en Alicante. — *Condiciones de la publicación:* Alicante, un mes, 85 céntimos; en el resto de España, un trimestre, 1 peseta. — Redacción y Administración: San Pascual, 3.

La Voz del Obrero. — Aparece semanalmente en Ferrol. *Condiciones de la publicación:* Ferrol, un mes, 40 céntimos; en el resto de España, trimestre, 1,50 pesetas. — Redacción y Administración: Dolores, 60, bajo.

El Defensor del Trabajo. — Ve la luz todos los domingos en Linares. — *Precio de suscripción:* 1 peseta trimestre en toda España; número suelto, 5 céntimos. — Redacción y Administración, calle del Agua, 1, 2.º.

La Aurora Social. — Aparece cada dos domingos en Gijón. *Condiciones de la publicación:* Trimestre, 0,50 pesetas; paquete de 25 ejemplares, 0,75; número suelto, 5 céntimos. Redacción y Administración: calle de Santa Elena, 24, bajo.